

ELOGIO A UN SERRANO CONSORTE

Dice el refrán que «a mulo muerto, la cebada al rabo». Los homenajes los hacemos, muchas veces, a la salida del cementerio: «con lo buena persona que era...», decimos. En esta tónica está cayendo la revista Mansiegona, que algunas veces hace panegíricos o elegías a personas fallecidas: «a buenas horas mangas verdes», que dice otro refrán.

Déjenme, antes de que sea tarde, que yo haga mi elogio a un serrano de casta, noble de corazón y luchador –a pesar de sus ochenta y muchos años– más, desde luego, que muchos jóvenes de salario por convenio y botellín de Mahou en la mano de tantas tardes invernales de ocio.

Fue maestro de formación, concesionario de Tabacalera por oficio y yerno por amor del tío Baldomero de Beteta. O sea, esposo de una de las tres herederas del Balneario y Aguas del Solán de Cabras. Como buen serrano procreó a calzón quitado y tuvo familia numerosa.

Jamás le oí alardear del patrimonio recibido por derecho de consorte, ni de su esfuerzo en la ampliación del negocio familiar; pero cualquiera que hable con él le oirá expresar su orgullo de patriarca: seis hijos y todos educados en el estudio y la responsabilidad; nietos tantos que necesita un libro de registro para enumerarlos; y antes que todos ellos, enamorado de una mujer de la que aún sufre su ausencia.

Desde el papel secundario de quien solo era el consorte de la propietaria de una parte de las aguas del Solán, luchó con vehemencia para que la Damm, o cualquier otra, no arrebatara a los nietos del tío Baldomero el privilegio de continuar administrando el manantial por serranos de Cuenca.

Era –y es– la autoridad moral de la empresa: cuñados, sobrinos o hijos hacían los números, los convenios y repartían beneficios. Pero él ponía el factor humano: ¡cuantas familias serranas han vivido y viven del empleo que les concedió, más allá de las estrategias de relaciones laborales diseñadas por los gestores! ¿Quién tenía autoridad para poner la mano en el hombro de un obrero como Patro –Patrocinio Cava, de Masegosa– cuando en su familia pintaban bastos y decirle: «no te preocupes, lo primero es cuidar a los tuyos».

Ahora, con guarda de seguridad a la puerta y señoritos sevillanos de socios, solo hace falta llegar al garito de entrada y preguntar por don Antonio –Antonio del Pozo–: ni señoritos de ahora, ni alabarderos rubios de cuando la reina M^a Amalia; di que vas de su parte, por serrano y amigo y tendrás las puertas franqueadas.

Salud y larga vida, Antonio.



*Mirador de la Reina sobre el valle del río Escabas
Abajo, instalaciones del Solán de Cabras.*

Zequiél